

mientras en triste duelo
 la madre tierna en el hogar gemía
 y la esposa infeliz, plegaría ardiente
 y llorosa mirada alzaba al cielo,
 al recordar que cien y cien valientes,
 como la mies sin sazonar segada,
 doblegaban las frentes,
 al golpe rudo de enemiga espada.

¿Qué armónico sonido
 al nombre de la paz, que dicha le parece,
 lleva el viento fugaz hasta su oído?

¿Cómo el rostro lloroso
 se torna sonriente
 y el suspiro medroso
 ahogando en su garganta
 un vitor y otro y ciento al aire danza
 y alza la altiva frente,
 dó irradian la ventura y la esperanza?

Ya la formida mano
 que dió al hijo el sustento
 y alivió la miseria del anciano
 torna al arte ferviente,
 y Dios enjugará con sábia mano
 del trabajo el sudor sobre su frente,
 y depuesta la espada asoladora
 henchido de esperanza
 en alas del ingenio soberano
 intrépido se lanza
 á robar á la ciencia algun arcano.

El humo densó del feroz combate,
 que la vida y los frutos agotaron,

no llenará de sombras la pradera;
 pero en cambio, de dichas precursora,
 hasta perderse en la azulada esfera
 alzará sus penachos, arrogante
 gentil locomotora,
 uniendo el mundo con sus férreos lazos
 cual colosal gigante.

Veinte siglos al mundo han demostrado
 que no hay en el soldado
 quien nos pueda igualar en lid agüa
 ni en arrojo y bravura en la pelea;
 que de hoy más en la lucha
 de la ciencia y del arte
 la noble España sea
 quien lleve del progreso el estandarte.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

VELADAS DE INVIERNO.

¡Adios veladas de la infancia mía,
 noches de amor, no volveréis jamás!
 Las que pasé á las plantas de mi madre
 dormida, junto al fuego del hogar.
 Jamás, jamás las impleables horas,

que atados á su carro, sin piedad,
nos arrastran al fondo del abismo,
su carrera de muerte detendrán.
Ellas cruzan por cima de las flores,
sin ver que las marchitan al pasar,
mostrándonos la imagen de la dicha,
corren gritando siempre ; más allá !
y nos arrastrán por floridas sendas
que nunca volveremos á pisar.
Aún recuerdo las horas de mi infancia,
más dulces porque nunca volverán.
Ya se rompió el hogar y las veladas
que huyeron á su luz no tornan más.
Náufragos restos del bajel perdido,
que á la playa arrojó la tempestad,
somos dos aves que el sagrado techo
de la vejez cobija, en su orfandad.
Planta sin flor junto al marchito sauce,
mi pobre juventud pasando vá,
vivo de la esperanza y los recuerdos,
y más bien que vivir esto es soñar.

—
Cuando bajan las sombras de la noche,
en torno del brasero de metal,
do, cual roja pirámide de oro,
arde el fuego sagrado del hogar,
alredor de una mesa, nos sentamos,
do á Dios nuestras plegarias se alzarán,
do en los libros, herencia de los géneos,

la luz mi inteligencia buscará :
que, si es templo el hogar de la familia,
la mesa sobre el fuego es el altar.
Arde la blanca llama de la lámpara,
prisionera en su cárcel de cristal,
las sombras de la blanca porcelana,
cual un crespon, á suspenderse van
del techo, donde, en medio de las sombras
se vé un rayo de luz, jugar :
una estrella parece en las tinieblas
la luz que sube en cándida espiral.

—
El libro abierto, de las santas vidas
la frente de la anciana va á besar ;
quizás vencida al peso de su nieve
la marchita cabeza inclinará

—
Todo es silencio y calma en torno mio,
y en medio de la densa oscuridad,
soló velan las luces de mis ojos,
la lámpara, y el fuego del hogar.
Rueda á veces la lluvia en los cristales,
ó medroso retumba el huracan,
y del reloj, se escucha imperturbable,
el corazon de acero palpar ;
ó á veces un gemido, con que anuncia
que vá á vibrar su lengua de metal :

parece que suspiran sus entrañas
por las horas que dejan escapar.
El anunció que un año se apagaba
sin combate, ni luz, ni tempestad,
y que otro se engendraba en sus sonidos;
¡Dios sabe para mí lo que será!
¡Las abrasadas noches del Estío,
á acariciar mi frente volverán?
¡Vosotras, noches de tranquilas horas,
que tan largas parecen á mi afán,
volveréis otra vez á mi camino;
solitarias veladas del hogar?
¡Quizás las que hoy lamento desgraciadas
mi corazón un día envidiará!
¡Tal vez llorando evocaré las sombras
de estas noches que nunca volverán!

BLANCA DE LOS RÍOS.

TU NOMBRE,

(MADRIGAL)

Soñé contigo en dulce desvarío,
y despierta á los rayos matinales
escribí con el dedo en los cristales

tu nombre sobre gotas de rocío,
Y al desgarrar el congelado velo
á la lumbre del sol, ví, cielo mío,
que era tu nombre azul el mismo cielo.

BLANCA DE LOS RÍOS.

AL RECUERDO.

Sublime emanación del pensamiento
que en vuelo presuroso,
llevas al alma plácido contento,
amable sentimiento
que de tiempo dichoso
presentas el dulcísimo momento.

Recuerdo celestial, ¡bien de la vida!
hoy con respeto mudo
y por hondo pesar estremecida
á tu influencia acudo;
déjame una memoria, muy querida,
y en éxtasis de amor, yo te saludo.

¡Sentimiento ideal! tu eres la gloria
si ofreces á la mente
de dichas que pasaron la memoria;
tú el prisma refulgente,
tú la palma esplendente
que el corazón anhela en su victoria

Bello cristal de mágica hermosura,
donde reflejas con afán prolijo
la imágen dulce y pura
que nos cierra cruel la sepultura
del adorado hijo
que en la tierra formó nuestra ventura.

La de la tierna madre, que amorosa,
velaba nuestra cuna;
la del esposo fiel, y la donosa
juvenil y graciosa
del amante, que en plácida fortuna
ausente vive de su amada hermosa.

Tú llenas de placer los corazones,
con imágenes puras y halagüeñas,
creas las ilusiones,
y acrecientas al par las emociones
con ideas risueñas
y á veces con terríficas visiones.

Tú del pasado trasparente espejo
que olvido no mereces,
luminoso reflejo
que el entusiasmo acreces,
si en el mar de la duda estás perplejo
en óptica ilusion te desvaneces.

Tú, del crimen feroz reproche mudo,
de la conciencia acusador terrible,
que borrarte no pudo
de su alma torva el delincuente rudo,
cuando el pecho sensible
hizo de tí, su generoso escudo.

Tú, que llevas el bien, el mal, la risa,

el dolor, el placer y los tormentos;
que con una sonrisa
presentas á la vez mil pensamientos
y en el alma indecisa
grabas los más amargos sentimientos.
¡Tú, recuerdo inmortal, luz peregrina!
que inflamas el espíritu potente
con llama purpurina,
¡Oh! ; génio del pasado omnipotente!
Ven, enciende en mi mente
con el fuego ideal que en tí germina.

Génio de las tinieblas misteriosas,
si te rechaza el criminal impío,
yo reclamo tus auras luminosas;
ven al corazón mio
y graba en él las horas deliciosas
que me arrancará el huracán bravío.

¡Recuerdo celestial! ; Bien de la vida
hoy con respeto mudo,
y por hondo pesar extremecida,
á tu influencia acudo;
déjame una memoria muy querida
y en éxtasis de amor, yo te saludo.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA ROSA DE INVIERNO

Flor que para dar consuelo
 Estás en el campo sola;
 Sin que te causen recelo
 Esos témpanos de hielo
 Que te sirven de aureola,
 Flor comparable á la estrella
 Que nos infunde alegría
 Cuando entre nubes destella
 Y nos parece más bella
 Si es la nube más sombría,
 Tú, cuyo manto de grana
 Nos causa tanto placer,
 Enlazando, flor galana,
 Las promesas de mañana
 Con los recuerdos de ayer.

Llena el alma de tristeza,
 Vine á contemplarte yo,
 Y me dice tu belleza,
 Que duerme naturaleza,
 Pero no está muerta, nó...

Y con voz imperceptible

Estás diciendo tambien :

- « Para Dios no hay imposible
- « Junto al rigor más terrible
- « Hace que florezca el bien.

- « Seca el llanto de los ojos
- « Eleva tu pensamiento
- « Que si yo nazco entre abrojos
- « Entre lágrimas y enojos
- « Podrá nacer el contento
- » La dura cerviz humilla
- « Y ten en Dios confianza,
- « Que una humilde florecilla
- « Bien puede á un alma sencilla
- « Dar consuelo y esperanza.

¡Bien haya, flor tu destino;
 Bien, hayas tú que naciste
 A la orilla del camino
 Para consolar al triste
 Y alentar al peregrino!
 Guarde tu púrpura, el cielo
 Y luzca en el campo sola
 Sin que te causen recelo
 Esos témpanos de hielo
 Que te sirven de aureola,

MICHAELA DE SILVA.

Á EL.

¿Por qué dejas en rápida carrera
volar al enfermizo pensamiento,
cómo cruza florestas y llanuras
el soberbio bridon que rompió el freno?

Deténle por favor; deténle un punto...
apaga ya, su devorante fuego,
y separa los ojos de la tierra
para elevarlos al radiante cielo.

¿Sabes tú quien soy yo?; No, no lo sabes!
no lo sabes sin duda, que á saberlo,
de mí hubieras huido presuroso
cerrándome las puertas de tu pecho.

Yo soy un sér desamparado y débil
que abraza los contrarios sentimientos,
de las dulces palomas de los valles
y del bravo leon, rey del desierto.

Soy fantástico sér, que cruza el mundo
siempre del mundo y sus miserias léjos
y que siente bramar á las pasiones,
con borrasca sin fin, dentro del pecho.

Un sér que poco de la vida sabe
que eleva triste su mirada al cielo,
que busca un *más allá*, que no lo encuentra
y mezcla la sonrisa á los lamentos.

Ya inmoble y silenciosa, yar ligera

como las alas que despliega el viento,
cuando las copas de esmeralda orea
del alto pino, y del ciprés enhiesto.

Eso soy yo; ni á las demás mujeres
me asemeja mi altivo pensamiento,
ni entiendo nada de su vida estéril,
ni sus virtudes negativas quiero.

Quien me llega á querer, jamás me olvida;
yo soy la sombra del amor postrero
y alguno que me amó dejó su juicio
de la locura entre los negros velos.

Yo soy de los afectos más contrarios,
lógogrifo sin copia y sin modelo;
casta y apasionada á un tiempo mismo,
mezcla de nieve y devorante fuego.

Móvil como la mar, mi fantasía,
ora se mece en cadenciosos ecos,
ora en montañas de rugiente espuma
quiere escalar el impassible cielo.

Llevo en el alma, como esencia propia,
un himno dulce, melodioso, eterno,
el himno de la santa poesía
que ha sido para mí, el amor primero.

¿Yo busco un *más allá*; con ansia loca
me consumo en inútiles esfuerzos,
y en cuanto toco de la humana vida,
sólo encuentro vacío y desaliento!

Dióme ingrato el amor amargas horas;
bané sus flores con mi llanto acerbo
y el ídolo que ciega engalanára
en polvo vil le contemplé deshecho.

¿Qué de este herido corazón esperas?
ya no es alma triste blando lecho
de dulces y risueñas ilusiones,
de inmaculados y amorosos sueños.

Incrédula las penas de la vida
aún en edad bien corta me volvíeron,
y sentada á la orilla del camino
ya nada pido al mundo, nada espero.

¡Ya ansío que mi rubia cabellera
la nieve cubra del helado invierno;
que el oro de mis rizos, sea plata
que mármol sea, mi candente seno!

¡Ya ansío que el imán que se desprende
del alma mía, se convertía en hielo;
ya no quiero atraer más corazones
hacia mi corazón helado, yerto!

¡Aléjate de mí; loca tarea,
es querer avivar el débil fuego
que envuelto entre cenizas se conserve
en el triste recinto de mi pecho!

¿Quieres que brote la gigante hoguera?
¿Ansias ver su resplandor inmenso
y hacer saltar la enrojecida llama,
para huir á las luces del incendio?

¡Triste fuera tu hazaña! Yo vencida,
víctima fuera de quebrantos nuevos;
pero tú vencedor, por toda gloria
el dardo llevarías en el pecho!

Porque siempre mi sombra entristecida
agitaría tu intranquilo sueño,
y de mi lloro inagotable y triste,

te llegarían los dolientes ecos.

¡Aléjate de mí! ¿de qué te sirve,
mostrar al alma el horizonte nuevo
do brilla el sol resplandeciente y puro,
donde amor y entusiasmo son eternos?

Aléjate de mí; sé tú el más fuerte;
haz que por siempre ya nos separemos;
á tí te esperan dichas, más la mía,
sólo puedo encontrarla ya en el cielo!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

EL MAR.

¡Oh! ¡Qué bello es el mar! exclama el hombre
lleno de admiración y de respeto,
cuando de Dios en la potente mano
el rayo aterrador está sujeto!
¡Cuando la tempestad se halla dormida,
cuando el fragor del trueno
calla, y sobre la espalda poderosa
de ese león en calma,
como cisne sereno
cruza las ondas de apacible lago;
marcha el bajel y el rudo navegante,
mirando cual tachona
un número infinito.

de chispas de diamante
el azulado espacio,
que sirve á los querubens de palacio
plácido canto de esperanza. entona
¡ Oh ! ¡ Qué bello es el mar ! repite el hombre,
cuando, en mil copos de rizada espuma
las olas bullidoras
bordando van la playa de zafiros;
cuando suaves suspiros
del blando murmurar de brisa leve
brindan placer al alma
y el corazón se mueve

en dulce, tierna y regalada calma,
contemplando del cielo la hermosura
libre el ánimo fuerte de pavora !

¡ Oh ! ¡ Qué bello es el mar cuando escondi-
en sus oscuras y profundas grutas [dos
están los vendavales adormidos,
y el cielo trasparente
deja que de la luna
los plateados rayos
luminen suaves
la silueta gentil de esbeltas naves !

¡ Oh ! ¡ Qué bello es el mar ! cuando la aurora
entre vellones de zafiro y grana,
á las blancas espumas que colora
con sus ricos matices engalana !

¡ Oh ! ¡ Qué bello es el mar ! cuando en la tar
sirve de espejo á las doradas nubes [de
y ofrece al sol un lecho de esmeralda,
y de la roca en la pelada cumbre

mira de frente, el águila, altanera
su roja, viva y encendida lumbre !
Que siempre es bello el mar y su belleza
hace pensar de Dios la grandeza.

Mas ; ah ! que si los truenos bramadores
hinchan de sus entrañas el abismo
si de negro crespon visten las nubes
el gigantesco espejo en que Dios mismo
refleja su poder ; si destructores
surgen los rayos y su vivó fuego,
iluminando de la noche oscura
las sombras pavorosas
las hace más oscuras y medrosas :
si las terribles mugidoras olas
en montañas de espuma se levantan,
y su estridente grito
desafiar parece al infinito,
entónces su fiereza
es más grandiosa áun que su belleza,

¡ Ruge el leon, y crespa la melena
muestra tendida la sangrienta garra,
la pupila encendida,
la roja fauce abierta ;
la ira soberana hincha su pecho,
y se revuelve y brama
y de victimas mil la sangre vierte,
creciendo su furor ante la muerte !

Mas ¿ qué importa

del rey de los desiertos el enojo?
 ¿qué su terrible grito?
 ¿qué su furor insano,
 si por un sólo instante se compara
 con el ronco mugir del Oceano?
 si de las tempestades el aliento
 provoca de los olas los furores;
 si las olas del viento se desatan;
 si rayos voladores,
 cruzando los espacios,
 alumbran el horror de la tormenta,
 y de la mar la saña violenta;
 si se contempla la arrogante nave,
 roto el timon, desarbolado el casco,
 sus velas desgarradas,
 y cual arista leve,
 ó ténue copo de ligera nieve,
 sirviendo de juguete de las ondas
 subir hasta las nubes,
 y en el instante mismo
 hundirse para siempre en el abismo;
 entónces del coloso la belleza
 es tan aterradora
 que al contemplarla el hombre se extremece
 y con su admiracion su temor crece.

Ante la tempestad cree el ateo;
 solo el poder de Dios, que es infinito,
 puede calmar con su potente mano
 el terrible furor del Oceano.
 Sólo su voluntad omnipotente
 pudo marcar la valla,

que sirve de muralla
 á las mugientes olas.
 Sólo él sujeta el rayo,
 solo él acalla el trueno:
 sólo él pudo mandar á la tormenta
 que haga lugar á la tranquila calma,
 y enfrenando los fieros huracanes,
 y cerrando las bocas del abismo,
 volver al ancho mar lago de plata,
 en donde bello el cielo se retrata.

¡Grande, fiero es el mar, y su fiera
 muestra el poder de Dios y su grandeza!

SOFÍA TARTILAN.

A LA PÁTRIA.

No voy á cantar tus glorias;
 no voy á cantar grandezas
 ya pasadas;
 no tus ínclitas victorias
 no tus brillantes proezas
 olvidadas.
 Otros siglos, hijos fieles
 te corona te ciñeron
 denodados:

mústios yacen sus laureles;
de tu frente ya cayeron
deshojados.

Pobre, triste, abandonada
llora tu amarga querella,
pátria mia;
llora, si, mientras osada,
bajo sus plantas te fiella,
gente impia.

Duerme tu leon, en tanto
que te desgarran el seno;
llora... llora... llora!
pues tu antiguo régio manto,
de sangre y lágrimas lleno
ves ahora.

Desde el Pirene escabroso
hasta la orilla apacible
que el mar baña,
que ofrece tu suelo hermoso
sino lucha, y lucha horrible
pobre España?

Rugió la tormenta fuerte,
las turbas se desbordaron,
en tus lares
tendió sus alas la muerte,
y en tierra se derrumbaron
tus altares.

Tuvo la Virgen sagrada
tras de las aras divinas,
paz, contento;
y ora gime desolada

sobre las tristes ruinas
de un convento,
Cesó el cántico inspirado;
no alza el incienso su pura
blanca nube;
desde el templo abandonado
santa oracion á la altura
ya no sube.

Y mientras inicia saña
sobre cenizas tremola
sus pendones,
¡ay! tus hijos, noble España,
manchan de sangre española
tus blasones.

En el monte y en el prado
en el valle y en la aldea
¿que se escucha?
¡ay! triste del soldado,
la voz del cañon que humea
¡siempre lucha!

Tendió sus alas sombrías
la Discordia tenebrosa
despiadada,
y huyeron los dulces dias,
y huyó la paz venturosa
desolada.

Yerma tus campos la guerra
cual torbellino deshecho
inhumano;
y no se labra la tierra
y hiere el hermano el pecho

del hermano...
Sangre matiza tus flores,
en contienda fratricida
derramada,
y lloran los labradores
al ver su herencia querida
devastada.

Entre los montes fragosos
donde su raza altanera
tiene asiento,
los cántabros valerosos
de rebelion la bandera
dan al viento.

Gritos de guerra lanzando
con que aquellas espesuras
se estremecen,
su viejo trono aclamando,
descienden á las llanuras
que enrojecen.

Aquí del mar á la orilla
de altivo fuerte orgulloso
sobre el muro,
pendon que al ibero humilla,
pendon de ignominia odioso,
se alza impuro.

A su sombra malhadada,
el negro erímen impera
con la muerte;
y en pirata, deshonorada,
la antigua nave guerrera
se convierte.

¡Triste ciudad sin ventura!
¡ay de tus hijos huidos
de sus lares!...
que contemplan ¡suerte dura!
por la guerra demolidos
sus hogares.

Y allá do Colon grandioso
clavó la cruz redentora
que adorára,
donde Cortés valeroso
nuestra enseña vencedora
levantára,

Pugna ¡oh mi patria! un partide
por arrojar despiadado
tu bandera
de ese mundo, que al olvido
y al ancho mar arrancado
por ti fuera...

¡Pobre España! todos quieren
hacer de tu rico manto
mil girones;
todos el pecho te hieren
¡y se mofan entre tanto
las naciones!

Vacila tu fé sublime;
cubre el porvenir oscuro
nubé densa;
y el buen español que gime,
que trás ella un astro puro
se alza piensa.

¡Será verdad? ¡vendrá un dia

en que descienda á tu suelo
la bonanza?
¿será verdad, patria mía,
que llegue á cumplir el cielo
tu esperanza?
¡Huyan, oh España, esas nieblas
que oscurecen tu brillante
limpia historia:
Dios disipe las tinieblas,
y el sol fúlgido levante
de tu gloria!

(1874). JOSEFA UGARTE BARIENTOS.

Á LA MEMORIA DE MI PADRE.

¡Padre del alma! ¡Venerada sombra!
¡Santa memoria que mi mente llena!
Perdida luz que mi cariño nombra
En la infinita noche de mi pena!
Infundidme valor, prestad aliento
Al débil sér que en su dolor desmaya,
Y en el profundo mar del sufrimiento
Hallar no puede salvadora playa.
Desgarrados los piés por los abrojos
Al borde de un abismo me detengo,

Y huyendo de su horror, vuelvo los ojos
Al camino feliz de donde vengo
; Qué léjos miro ya tanta alegría,
Tan dulces sueños y tan gratas horas,
La ilusión que en mi frente se adormía,
Y el raudal de esperanzas seductoras
Que el paternal amor en mí vertía!
Triste desolación, honda amargura
Reinan hoy en mi espíritu abrumado
Al peso de mi inmensa desventura
! Toda mi dicha existe en lo pasado,
Encerrada en estrecha sepultura
Con los restos de un padre idolatrado
! Padre del corazón! Tu amor profundo
No alumbraba ya con resplandor divino
Mi paso por el mundo, ni mi camino
Ni hallo en tu frente, de honradez espejo
El objeto mejor de mis caricias,
Y de todas mis dichas el reflejo.
; Ay de la triste plantarola
Que en este suelo sin tu amparo queda!
El árbol de tu amor ya no levanta
Seguros brazos donde así se pueda
Y en triste soledad tiembla y se espanta.
Mi corazón, á la esperanza abierto
En otras horas para siempre huido,
Cobarde acaso, se juzgaba muerto
Tan sólo al recibir leves heridas;
Y ; ay ! mi pena de entonces, ahora pena
Junto al dolor que me conmueve ahora,
Que era un grano de arena

Y este dolor, montaña abrumadora
! Por siempre te perdí! Mi vista errante
Revuelvo sin cesar en torno mio;
; Ay! yo busco tu amor y tu semblante,
Y hallo un sitio no más que está vacío.
Hallo, sí, de tu imagen adorada
La copia fiel, de mi pesar consuelo,
Y la quiero anidar con la mirada,
Mas ella queda inmóvil y callada
Y te vuelvo á buscar mirando al cielo,
; Ay! Yo tan sólo presenciar debía
Tu cuerpo con mis lágrimas bañando,
El momento fatal de tu agonía,
Mi pobre corazón, mi pena impía
Te estuvieron no más acompañando.
Yo enjugaba tu frente sudorosa
De inquietudes mortales combatida;
Tú ya insensible á la doliente vida,
Ni sentiste mi mano temblorosa.
Ni me diste un adiós de despedida.
Luego, sin voluntad, acaso ingrata,
Me dejé arrebatar de tu presencia
Cual flor que al árbol seco se arrebata;
; Maldita de los vientos la violencia
Que troncha al árbol, y á la flor no mata!
A verte no volví; con paso incierto,
De hondo dolor sintiendo las espinas,
Entré de nuevo en el hogar desierto
Que sin tí no era hogar, sino ruinas
Que iban rodando á tu sepulcro abierto,
Tus hijos se agruparon

En tan amargas y terribles horas,
Como tímidas aves que miraron
Tronchadas ya las ramas protectoras
Del venturoso albergue en que anidaron
Y corrieron sus lágrimas unidas,
Y en uno sólo á confundirse fueron
Los ayes de sus almas combatidas,
Como notas de un arpa que rompieron,
Y se elevan, á un tiempo desprendidas.
Tú, que ya gozas de inmutable calma,
Protege desde el cielo
A los pobres pedazos de tu alma
Que ya no amparas con amante anhelo.
Hoy, la mente alejada de la tierra,
La sien ceñida de enlutado velo,
En la adorada tumba que te encierra
Vengo á dejar las esperanzas mías,
Las páginas mas bellas de mi historia,
Mi humana fé, mis puras alegrías,
Mi noble afán y mi modesta gloria:
; Para alumbrar mis solitarios días
Sólo me basta ya con tu memoria!
Yo adoro tu recuerdo inextinguible
Como en tiempo mejor pude adorarte,
Y si volverte á ver es imposible,
Es también imposible el olvidarte.
Aquí estoy ya, cumpliendo mi deseo,
Inmóvil, como el lecho en que reposas,
Triste, como el recinto en que me veo,
Y helado el corazón como estas losas
Que deja aquí la muerte por trofeo.

Alma que al cielo á abandonar se atreve
Otra buscando que le fué querida,
Parece algun ciprés que el viento mueve..
; No sé como á esos á arboles dá vida
Una tierra que cubre tanta nieve!
; Deja que vierta en tu perpétuo asilo
El llanto amargo que mi vista ciega!
; Deja que un alma que sin luz navega
De aflicciones en piélago intranquilo
Te ofrezca ya cual último tributo,
De la oracion las inmarchitas flores,
Y te cuente el caudal de sus dolores
En prueba cierta de su eterno luto
Tal vez, sombra querida,
De mi horrible martirio la grandeza
Mirando estás con alma dolorida,
Mientras se inclina al polvo mi cabeza
En tu pecho otro tiempo sostenida
Tal vez, cuando en la noche solitaria
Olvidando miserias terrenales,
Elevo á Dios mi funeral plegaria
Por tus eternas dichas celestiales,
Desciendas por misterio soberano,
Sobre mi frente que el pesar marchita,
Y en ella viertas con piedad bendita
Un destello de amor que no es ya humano
Adios... Adios... Aunque de aquí me ausento
En tu sepulcro, altar de mi ternura
Por siempre quedará mi pensamiento
No temas, no, la soledad horrible
De esta mansion cuyo contacto hiela,

Que mi doliente espíritu, invisible
En esta tumba sin descanso vela,
Quedan ; oh padre ! sobre el mármol frio
Que esconde tus cenizas veneradas
Y en que se estrella mi dolor sombrío,
Las huéllas de mis besos, no borradas
Por el ancho raudal del llanto mio
; Ay ! Quien los tuyos recibir no espera,
Para llorar sin trégua tu partida
Inagotables lágrimas quisiera :
Mas si ellas faltan, mi dolor no olvida ;
; Sin verter una lágrima siquiera
Yo te puedo llorar toda mi vida !

MERCEDES DE VELLILA Y RODRIGEZ

LÁGRIMAS.

Tiene, así como el cielo su rocío,
Su llanto el corazon ; lluvia escondida
Que brota á impulsos del dolor impio
En las gigantes luchas de la vida

No sabremos quizás por qué lloramos
Pero sí que el llorar es nuestra suerte.

Y si con llanto al mundo saludamos
Con llanto nos despiden en la muerte.

¡Lágrimas, es verdad! En nuestra historia
Esa palabra se escribió por lema,
Y queda siempre, al fin de toda gloria
Llanto desolador que el alma quema.

Ancho raudal á nuestros ojos sube,
Que muerta la ilusión, roto el encanto,
El desengaño, cual sedienta nube,
Del mar del corazón recoge el llanto:

Ni aún en la copa del placer bebiendo,
Las penas de la vida han de olvidarse,
Porque en ella al beber, se esta creyendo
Que puede al fin de lágrimas llenarse.

Ellas son la señal consoladora
Que suplica una tregua en la batalla,
Y son también la lluvia precursora
De la tormenta que en el pecho estalla.

Emblema son de amor y de ternura,
La voz con que nos habla el sentimiento,
Y son la fuente inagotable y pura
Donde sus alas baña el pensamiento.

La humanidad pagando su tributo,
Inunda con sus lágrimas la tierra,
Porque ellas son de la desgracia el fruto,
Como es la sangre el fruto de la guerra.

Lágrimas ¡ ay ! por el dolor creadas,
Siempre del hombre compañeras fueron;
En la cima de un monte derramadas,
La humanidad culpable redimieron.

Cual la luz de una tarde que declina,
Piérdese la esperanza, apenas brota,
Y sólo el sufrimiento no termina
Ni el raudal de las lágrimas se ágota.

Ellas, que ofrecen bienhechor consuelo,
No dejarán al mundo en abandono;
Su cuna es el dolor, su patria el cielo
Y el corazón de la mujer su trono.

MERCEDES DE VELLILA

113
Lágrimas son de amor y de dolor,
La voz con que nos habla el sentimiento
Y son la fuente insalvable y pura
Donde sus alas baña el pensamiento.

La humanidad pagando su tributo,
Llora con sus lágrimas la tierra,
Porque ellas son de la desgracia el fruto,
Como es la sangre el fruto de la guerra.

Lágrimas por el dolor creadas,
Siempre del hombre compañeras fueron,
En la cuna de un mundo derramadas,
La humanidad culpable redimieron.

Que la luz de una tarde que brilla,
Pérdese la esperanza, apenas brota,
Y aglo el sufrimiento no termina,
Ni el raudal de las lágrimas se agota.

Ellas, que ofrecen bienhechor consuelo,
No dejarán al mundo en abandono,
Su cura es el dolor, su patria el cielo,
Y el corazón de la mujer su templo.

México de 1864

ADVERTENCIA.

Las poesias que á continuacion publicamos se han recibido despues de coleccionar las treinta y seis primeras del tomo, por eso no van, como aquellas, colocadas por el orden alfabético de los apellidos de sus autoras.